



**MÁS ALLÁ DE LISBOA: EL FUTURO DE EUROPA
THE CHICAGO COUNCIL ON GLOBAL AFFAIRS**

Chicago, 26 de abril de 2010

Nos hemos reunido esta tarde para hablar sobre Europa y los desafíos que nos aguardan en el futuro. Éste foro constituye un emplazamiento excelente para reflexionar sobre el futuro de Europa, ya que no debemos olvidar nunca que EE.UU., efectivamente, luchó y murió por la libertad en Europa.

Fueron la sangre, el sudor y las lágrimas estadounidenses los que mantuvieron viva la llama de la libertad en Europa en los momentos más sombríos del siglo, y eso permitió a muchas naciones construir un nuevo futuro en libertad.

A lo largo de la historia, los europeos se han apoyado en la alianza transatlántica para evitar la caída del continente europeo en las garras de la tiranía. La determinación y la voluntad política de muchos líderes estadounidenses han contribuido en gran medida a la formación de la realidad europea.

La Europa que EE.UU. ayudó a construir ha sido un éxito. A lo largo de los cincuenta años del proceso europeo, el Viejo Continente ha prosperado más que en cualquier otro momento de la historia. Nadie puede negar que la integración europea ha constituido una contribución importante para la paz, la riqueza y el poder que las naciones europeas disfrutaban en la actualidad, incluso en tiempos de crisis económica.

Desafortunadamente, los éxitos del pasado no garantizan aquellos del futuro. Hoy en día nos enfrentamos a obstáculos muy graves. Europa no es ya tan dinámica, vibrante, abierta y productiva como lo era en el pasado, o como debería serlo hoy.

Durante demasiados años el proceso europeo pareció estar atascado, atrapado en la inmovilidad, estancado en estériles debates sobre asuntos institucionales. Durante casi una década, las discusiones que finalmente condujeron al Tratado de Lisboa desperdiciaron energías y capital político en cavilaciones difusas que no prestaban atención alguna a la realidad de los ciudadanos europeos.

Parece que hemos perdido de vista lo que Europa es; corremos el riesgo de conducir a Europa por un camino de extravagancias inútiles. Parecería que estamos olvidándonos de los principios básicos y de las directrices que han sido la clave de nuestro éxito pasado.

Europa es una realidad y la integración europea no es más que un medio para alcanzar metas comunes acordadas de antemano por las naciones libres. Los europeos debemos usar esta herramienta para alcanzar el éxito y la prosperidad, para adquirir influencia y para disfrutar de nuestra vida en paz y libertad.

Éste es el objetivo de las instituciones europeas: servir a los europeos. La Unión Europea no es un fin en sí misma; es un instrumento que ha sido ensamblado con el fin de construir un futuro mejor para todos sus miembros.

En mi opinión este instrumento ha tenido gran éxito. Y puede y debe continuar así. Pero esto sólo se conseguirá si nos centramos en las directrices que han formado la columna vertebral de la integración europea durante todos estos años.

Y basándonos en estos principios, Europa deberá transitar el camino de las reformas; reformas dirigidas a inyectar en Europa la energía necesaria para prosperar en el siglo XXI.

Me gustaría subrayar el hecho de que las reformas económicas deben realizarse. La Europa que antaño creaba empleo, traía prosperidad a sus ciudadanos y era un resonante ejemplo de creación de riqueza, está en declive.

Es cierto que estamos sufriendo tiempos de crisis económica y financiera, pero no todo es culpa de esto.

Tras un periodo, después de la Segunda Guerra Mundial, en el que Europa tuvo que ponerse al día, la economía europea en su conjunto lleva varios años sin crecer tan rápidamente como la economía estadounidense.

En comparación con Estados Unidos, menos europeos pueden trabajar y, aquellos que pueden hacerlo, trabajan menos horas y lo hacen menos eficientemente. Como resultado de ello, la productividad y los ingresos de los europeos no se pueden comparar con los de EE.UU.

Para revertir esta tendencia se necesitan reformas que eliminen las restricciones fiscales, legales e institucionales que desincentivan el trabajo y generan altos niveles de desempleo. Europa debería invertir en las posibilidades de empleo de los trabajadores mejorando el nivel de la educación y de los sistemas de investigación.

El peso del gasto público en Europa es mucho mayor que en otros países desarrollados. Esto, junto con el rápido envejecimiento de la población, supone un riesgo para la sostenibilidad de las finanzas públicas.

Esta situación requiere reformar la prestación de los servicios públicos. Se necesita establecer un sistema de copagos para los usuarios finales que induzca la co-responsabilidad y evite una mala asignación de recursos.

Todo esto no es el resultado de la última crisis económica y financiera, sino un signo de que Europa tiene una gran necesidad de reformas estructurales.

La reforma del mercado laboral, el aumento de la competencia en el mercado de bienes y servicios, la reforma de las prestaciones sociales, la reducción de los impuestos, el aumento de la integración de mercado, son reformas muy necesarias. En definitiva, la reducción de las cargas regulatorias y el aumento de los incentivos para la creación de empleo y de la prosperidad constituyen los desafíos económicos a los que Europa deberá enfrentarse.

Europa es capaz de superar la crisis y de volver a recuperar su liderazgo económico en el mundo. Esto se logrará realizando las reformas necesarias y no simplemente con un gasto e intervencionismo excesivo por parte del Estado.

Europa no puede resignarse a tener tasas bajas de crecimiento o una creación de empleo paralizada. Siempre que se ha promovido la empresa privada; siempre que se han reducido los impuestos; siempre que se ha dejado de lado el proteccionismo e intervencionismo; las sociedades europeas han prosperado enormemente.

La Gran Recesión de la que el mundo occidental recientemente ha sido testigo tiene mucho que ver con políticas monetarias equivocadas, con una mala regulación, con políticas de supervisión descuidadas en ambas orillas del Atlántico y, concretamente en Europa, con la falta de voluntad política para implantar reformas.

Salir de la crisis no solo requiere nuevas respuestas financieras y fiscales, junto con reformas en la regulación financiera. No es únicamente cuestión de diseñar estrategias de salida para restaurar la estabilidad de las cuentas públicas.

La crisis va a cambiar, ya está cambiando, la posición y las expectativas futuras de los individuos, de las empresas, de los países y de regiones económicas completas.

No todas las economías saldrán de la crisis a la vez, ni saldrán de la misma forma; algunas corren el riesgo de quedarse atrás. Aquellos en Europa que no están realizando reformas lo suficientemente rápido se quedarán rezagados.

Asimismo, la crisis ha supuesto un gran desafío para la creación de políticas. Esto es especialmente cierto en Europa, donde los desequilibrios externos y fiscales están proyectando dudas sobre uno de los mayores logros europeos: el euro.

Para sostener este gran logro, los países de la eurozona deben respetar las reglas fiscales originales que se establecieron con la entrada del euro. El restablecimiento de la disciplina fiscal es necesario y no puede posponerse. Deberían reinstaurarse las estrictas reglas fiscales del Pacto de Estabilidad y Crecimiento original.

Al proyecto europeo se le presenta un dilema que dará forma a su futuro en las siguientes décadas. La cuestión que, en última instancia, dará forma a la economía, a las políticas y al equilibrio de poderes en la Europa del futuro no es el Tratado de Lisboa, sino la respuesta a la crisis fiscal que actualmente está teniendo lugar en varios países de la zona euro.

El euro ha generado un nivel de interdependencia entre las diferentes economías europeas mucho más profundo de lo que se imaginó en un principio, cuando se debatía su diseño. Los problemas de las cuentas públicas de algunos países europeos constituyen un problema para los bancos, para los contribuyentes, y para los correspondientes líderes políticos del resto de los países.

En este contexto, el mecanismo ideado para aliviar la crisis de la deuda soberana griega es de máxima importancia, ya que proporcionará los incentivos y las

restricciones políticas a los que se tendrán que enfrentar los países que se vean en dificultades y que tengan verdadera importancia sistémica.

Las políticas paliativas a corto plazo no compensan las consecuencias a largo plazo de los malos incentivos contra la disciplina fiscal por segunda vez en la corta historia del euro.

La historia real del euro prueba que no hay países “buenos” y países “malos”, sino políticas malas y buenas. Fueron Alemania y Francia quienes en 2004 incumplieron por primera vez las reglas del Pacto de Estabilidad y Crecimiento, y lucharon ferozmente para cambiar las reglas a mitad de juego sólo porque no les convenían a corto plazo.

El mensaje político subyacente estaba claro como el agua. La semilla de la irresponsabilidad fiscal había sido plantada, y una vez crecida se había vuelto en contra de todos.

Ahora el desafío es reinstaurar la credibilidad de la eurozona como una zona de estabilidad. Esto es incompatible con decisiones benevolentes y miopes. Encauzar el euro de nuevo constituye un desafío político de máxima importancia que necesita mucho más que simples políticas terapéuticas.

Europa debería prestar atención al mensaje político de que el proyecto político que acordamos entre todos es incompatible con las políticas fiscales nacionales irresponsables e insostenibles. Para que esto se pueda lograr se necesita que todos los partidos políticos de los diferentes Estados-nación de la eurozona que gobernarán los presupuestos nacionales en las décadas futuras adopten acuerdos nacionales de estabilidad.

Para lograr aplicar la tan necesitada agenda reformista, Europa debe apoyarse en el pedestal vital de los Estados-nación individuales.

La historia Europea es la historia de España, y de Francia, y de Alemania, y de todos los demás Estados miembros. Yo no creo en una Europa de ingeniería social, ni en una Europa burocrática. Negar este principio es seguir el camino de la utopía. Y todos sabemos dónde nos han conducido esos caminos en el pasado.

Creo en una Europa basada en las raíces históricas de los diferentes Estados-nación. La Unión Europea debe reflejar las tradiciones y la diversidad de sus miembros. Estas diferentes perspectivas históricas son las que le confieren a Europa su singularidad, su fuerza y su capacidad para integrar soluciones.

Europa ha sido un proyecto basado en pasos pequeños pero fundamentales, donde la búsqueda de un ideal no hacía perder el sentido de la realidad.

Éste es el camino que nos ha guiado hasta el éxito. Debemos evitar la tentación de tratar de construir una Europa federal centralizada utópica que no respetaría las diferentes identidades nacionales.

Intentar reprimir siglos de evolución histórica diferente es una tontería. Para trabajar conjuntamente, para construir mejores mecanismos de cooperación, no es necesario disolver las diferentes entidades nacionales en una estructura federal artificial.

Al contrario, hacerlo sólo debilitaría a la Unión Europea, a las naciones europeas y minaría la libertad de sus ciudadanos.

Esta recesión no se ha convertido en una nueva Gran Depresión porque los errores políticos transatlánticos que se cometieron en los años treinta del siglo veinte no se han repetido. Las tendencias neo-proteccionistas y las políticas de “empobrecer a tu vecino”, en gran medida, han sido evitadas.

Yo creo en una Europa abierta al mundo y capaz de impulsar una gran agenda reformista. Una Europa capaz y dispuesta a competir en una economía globalizada.

Y diría que el conformismo y la inmovilidad no son opciones sensatas. No creo que los políticos irresponsables puedan resolver las cosas extendiendo cheques por doquier del dinero de los contribuyentes.

Creo que hay que realizar esfuerzos y reformas y que hay que situar la responsabilidad y la libertad en el centro del futuro desarrollo económico.

Otra cuestión clave para la prosperidad económica de Europa es la energía. Europa necesita un suministro energético que sea seguro, económico, eficiente, limpio y sostenible. Todas las fuentes de energía son necesarias para asegurar el futuro de la economía europea. Esto incluye a la energía nuclear.

La energía nuclear probablemente no sea la solución final, pero no hay solución sin energía nuclear. Es limpia, segura, competitiva, y asegura un suministro estable.

La energía nuclear no excluye el desarrollo de otras fuentes de energía, como las renovables. Y viceversa, las energías renovables no deberían dejar de lado a la energía nuclear. La Unión Europea no puede permitirse retener una fuente energética perfectamente viable a causa de dogmas medioambientales ya desfasados.

Sin energía nuclear el futuro de Europa sería más vulnerable y débil.

Las economías que crecen y avanzan no sólo proporcionan prosperidad y bienestar a sus ciudadanos. No podemos olvidar que los poderes económicos también son poderes políticos.

Europa tendrá más influencia en el mundo si consigue transformarse en la zona económica más importante del mundo. Y perderá influencia si permanece como está. La transformación económica de Europa es una condición necesaria si queremos aumentar la responsabilidad general europea en el mundo del mañana.

Me gustaría resaltar el hecho de que Europa necesita establecer límites. Y no me refiero solo a sus fronteras geográficas, sino también a su esfera de actuación.

Todos los proyectos políticos tienen límites. Europa debería definir sus fronteras, tanto geográficas como políticas.

La libertad siempre necesita imponer límites al poder. Ningún poder debe, ni debería poder, hacerlo todo.

La Unión Europea no puede ser una realidad en constante expansión. Establecer límites geográficos claros fortalecerá a los Estados-miembro y promoverá relaciones estables y productivas con nuestros vecinos.

En el ámbito político, cada vez se transfieren más poderes a Bruselas. Las naciones traspasan voluntariamente su autoridad a las instituciones europeas. Pero hemos llegado a un punto en el que la división de poderes entre las instituciones europeas y los Estados-miembro ya no está clara. Los europeos no saben quién es responsable de cada cosa.

Esto está vinculado con la idea anterior de que Europa se basa incuestionablemente sobre los diferentes Estados-nación.

La Unión Europea debe establecer una división clara entre lo que pertenece a las instituciones europeas y lo que corresponde a los Estados-miembro. En otras palabras, los europeos deben ser conscientes de lo que se decide en Bruselas y lo que se decide en casa. Y la línea que divide ambos grupos no debería caer bajo ninguna sed federal, por muy tentadora que pueda aparecer,

Volviendo al principio, me gustaría profundizar más en la idea de una Europa Atlántica.

Como ya he dicho, la realidad europea ha sido posible precisamente por ser Atlántica. Porque fue construida con el apoyo de nuestro aliados estadounidenses, una garantía irremplazable de nuestra seguridad y libertad.

Debemos recordar que gracias al vínculo atlántico fue posible vencer a las ideologías totalitarias que destruyeron Europa en el siglo veinte, el nacional-socialismo y el comunismo. Este vínculo atlántico se basa en ideas claras: libertad, democracia y la necesidad de una Europa unida.

Estados Unidos y Europa comparten valores comunes como la democracia, los derechos humanos, y la libertad individual y la dignidad. Ambos creemos en al promoción de la paz, de la seguridad colectiva y de la libertad económica.

Todos estos valores yacen en el núcleo de la única civilización que existe que merece este nombre.

Estos valores son la causa principal de nuestro éxito histórico. Pero no debemos olvidar que, en última instancia, todos estos valores se basan en la razón y no en la etnia ni en la cultura. Por lo tanto, pueden ser rápidamente asimilados por otros. Es por ello que son tan poderosos y atractivos.

El proceso de asimilación de estos valores centrales proporciona un inmenso potencial para la prosperidad mundial. Al mismo tiempo, la propagación natural de los valores que subyacen a nuestro éxito histórico común demuestra la necesidad de un trabajo permanente para asegurar el liderazgo de nuestras sociedades en el mundo moderno. Debemos perseverar, trabajar conjuntamente y no dar nunca por sentado el éxito.

Europa y Estados Unidos deben fortalecer los lazos que los unen, no alejarse el uno del otro. Nuestra libertad, nuestros valores y nuestra prosperidad logran la mejor garantía con la colaboración mutua. Lo que podemos conseguir juntos no conoce fronteras, pero por separado somos más débiles, menos seguros y menos prósperos.

La alianza estratégica e histórica entre ambas orillas del Atlántico necesita renovarse continuamente si queremos mantener nuestras sociedades y sus valores en el corazón del progreso del mundo.

Si no logramos fortalecer nuestros lazos, nuestro destino será la irrelevancia global a largo plazo. Desde luego Europa está en una posición más débil y tiene más que perder, pero Estados Unidos también contribuiría a su declive global.

Es por ello que no es causa de alegría ver que Europa no es una prioridad para la Administración estadounidense actual. Ya no. Nos guste o no, las prioridades actuales estadounidenses están concentradas en otros lugares.

No deberíamos dejar nunca de lado ni abandonar los mecanismos de seguridad y las instituciones que nos han protegido todos estos años. Al contrario, deberíamos profundizar nuestro compromiso y renovar nuestros esfuerzos para fortalecerlos.

Hay algunos que creen que la Alianza está obsoleta. Algunos piensan que todos los enemigos de la libertad acabaron con la caída del comunismo.

Están aquellos que creen que Europa debería convertirse en un contrapeso de EE.UU. Están aquellos que no creen en trabajar conjuntamente, sino en alejarse de nuestros aliados estadounidenses. Yo no comparto esta opinión. Yo creo en una alianza inquebrantable entre ambos lados del Atlántico.

Lo que es más, considero que esta alianza es absolutamente crucial para Europa. Nuestra libertad y nuestra prosperidad económica no están aseguradas, sino que son realidades que necesitan ser constantemente protegidas.

Debemos siempre permanecer alerta, estar preparados para defender nuestra libertad de los enemigos que decidieran alzarse frente a ella. Mientras que la libertad exista, siempre existirán aquellos que quieran derribarla.

En este sentido, creo que, respecto a las decisiones a las que nos enfrentamos hoy, no hay mejor alternativa para nuestra seguridad que el vínculo Atlántico. Y que la solidaridad Atlántica debería ser la clave del éxito cuando haya que enfrentarse a la amenaza del terrorismo, a la proliferación, y a las políticas agresivas de algunos regímenes. Esta idea debe estar firmemente arraigada entre nuestros aliados, y también deben tenerlo claro nuestros enemigos.

Me gustaría citar a un senador de Illinois. "Recuerda siempre que tu propia resolución de triunfar es más importante que cualquier otra cosa." No deberíamos olvidar nunca estas sabias palabras de Abraham Lincoln.

En estos tiempos difíciles debemos tener la visión y el coraje de trabajar por un futuro mejor. Un futuro en el que Europa, una Europa Atlántica basada en Estados-nación individuales, libres y conscientes de sus propios límites, regrese al camino de la prosperidad estable. Europa se convertirá así en un socio global en el que confiar y que luchará por una relación transatlántica próspera.